

industrial y militar escapara a la soberanía de las naciones. Se trataba realmente de entregar a un organismo internacional la *autoridad para el desarrollo atómico*, la propiedad de las minas de uranio y torio, la del mineral y la dirección de todas las fábricas de transformación, que deberían distribuirse de manera equitativa por toda la superficie de la tierra. El fin de esta última proposición era evitar que un país cualquiera pudiese, apoderándose de las instalaciones nucleares situadas en su suelo, asegurarse ventajas estratégicas decisivas. Un cuerpo internacional de inspectores cuidaría de que nadie iniciara clandestinamente la fabricación de bombas. El plan preveía además el castigo *inmediato, pronto y seguro* de todas las infracciones.

(...) Técnicamente, en aquella época, el proyecto no parecía irrealizable: la organización y los métodos de acción estaban en gran parte inspirados en el éxito de la autoridad de Tennessee (...). Políticamente, nadie subestimaba los obstáculos. Pero los protagonistas del plan Baruch, entre los que había muchos sabios cosmopolitas que habían accedido a la conciencia política con la aparición del monstruo atómico, estaban absolutamente persuadidos de que éste había convertido en algo absolutamente anacrónico las rivalidades tradicionales de Estados e ideologías, y que no dejaba a la humanidad más que una opción: unirse o perecer.

Fuente: Fontaine, A.: *Historia de la Guerra Fría I*. Barcelona, Luis de Caralt, 1970, pp. 268-269.

B) Desde que apareció el arma atómica, la Unión Soviética ajustó su política en los problemas del desarme a la tarea fundamental de prohibir este arma y conseguir que la energía del átomo fuera utilizada sólo con fines pacíficos y en bien del hombre (...). Los representantes de la URSS en los diversos organismos internacionales señalaban que el uso del arma atómica era incompatible con el honor y la conciencia de los pueblos; proponían concertar un acuerdo internacional sobre su prohibición y el empleo exclusivamente pacífico de los materiales físisles, así como establecer un severo control internacional sobre el cumplimiento de ese convenio por todos los países (...).

Así pues, el proyecto norteamericano (Plan Baruch) tenía por objeto, ante todo, privar a los estados de sus empresas atómicas y entregarlas a un órgano «internacional» que permitiera a los EE.UU. dirigir y controlar la producción atómica mundial. El «Plan Baruch» fue un detallado programa de exigencias onerosas, que la diplomacia norteamericana trataba de imponer a otros países. El Estado que las aceptara renunciaba prácticamente a sus derechos soberanos (...). El «Plan Baruch», lejos de propender a la prohibición del arma atómica, tenía por objeto perpetuar el monopolio norteamericano de ésta, poniéndola al servicio del imperialismo estadounidense, en perjuicio de los intereses vitales, de los derechos soberanos y de la seguridad de otros Estados. Se trataba, pues, de un programa de designios agresivos y expansionistas de los círculos militaristas norteamericanos (...).

El 19 de junio de 1946, la Unión Soviética sometió a la Comisión de Energía Atómica de la ONU, como contrapropuesta al plan norteamericano, un proyecto de convenio sobre la prohibición completa e incondicional de la producción y el empleo del arma atómica. Su cláusula fundamental prescribía a los signatarios a renunciar a todo empleo del arma atómica, prohibir su fabricación y almacenamiento y destruir, en un plazo de tres meses después de entrar en vigor el convenio, todos los stocks de esas armas, acabadas o inacabadas.

Fuente: VV.AA.: *Historia de la Política Exterior de la URSS*. Moscú, Progreso, 1974, pp. 110-111.

Documento núm. 32: *Discurso de Stalin en Moscú (9 de febrero de 1946)*.

Stalin habló el 9 de febrero en el teatro Bolshói, uno de los monumentos más famosos de Rusia desde su reconstrucción en 1854 (...) las 4.000 localidades estaban ocupadas por un público de miembros del Partido, oficiales del ejército o funcionarios: la clase superior, en una palabra, de la primera nación sin clases (...).

«Caracadas», empezó Stalin con su tono «blando y monótono» y su fuerte acento georgiano de entres demasado arrastradas (...).

(...) cuando los presentes oyeron que Stalin decía que «nuestra victoria significa, en primer lugar, que nuestro sistema soviético ha vencido»; no «Rusia», ni «los aliados» (...). Stalin no dedicaba ninguna expresión de gratitud a los demás aliados, ni a la Gran Bretaña ni a los Estados Unidos (...) no sólo no fueron mencionados los aliados sino que Stalin evitó cuidadosamente cualquier comentario susceptible de sugerir que existirían (...). Al comienzo del discurso Stalin explicó que la última guerra estalló «como resultado ineluctable del desarrollo de las fuerzas económicas y políticas mundiales sobre la base del moderno capitalismo monopolista», puesto que, al fin y al cabo, «el desarrollo del capitalismo mundial no se produce como un avance continuo y tranquilo, sino a través de las crisis y de la guerra» (...).

(...) La primera consecuencia del reciente conflicto era que (como se apuntó antes) demostraba que el sistema social soviético podía prevalecer (...). La guerra no sólo había demostrado que el sistema soviético era «una forma de organización perfectamente viable y estable», sino también que era «una forma de organización superior a todas las demás» (...).

En segundo lugar, continuó Stalin, «nuestra victoria demuestra que nuestro Estado soviético ha vencido, que nuestro Estado multinacional soviético ha resistido todas las pruebas de la guerra y ha demostrado su viabilidad» (...).

Lo tercero que demostraba la victoria, prosiguió Stalin, era que el Ejército Rojo, cuya capacidad había sido puesta por muchos en tela de juicio cinco años atrás, había superado las adversidades de la guerra. La guerra había barrido todas aquellas dudas «injustificadas» y «ridículas»; ahora sería «imposible dejar de admitir que el Ejército Rojo» era un ejército de primera clase, de cuyos éxitos se podía aprender mucho.

Naturalmente, tan gran victoria no habría sido posible sin una previa preparación del país para la defensa activa. (...).

Stalin leyó una relación de la producción nacional de una serie de artículos en 1913, y comparó las cifras con las correspondientes a 1940 (...).

Afirmó que tal transformación no tenía precedentes. Dijo que había sido debida principalmente a su política de industrialización (...).

En lo tocante al desarrollo económico, Stalin prosiguió diciendo que «nuestro Partido se propone la organización de un nuevo salto adelante de la economía nacional que nos permitirá, por ejemplo, triplicar nuestra capacidad industrial en comparación con el nivel de antes de la guerra»; y ahí llegó la frase clave de todo el discurso, en opinión de muchos observadores extranjeros: «Sólo en estas condiciones podemos considerar asegurado nuestro país contra cualquier eventualidad, aunque ello exigirá quizá tres nuevos Planes Quinquenales, o quizá más».

Stalin concluyó con una pequeña comedia irónica de las que, viniendo de él, uno nunca sabía cómo tomarse, incluyendo algunos aspavientos de falsa modestia: «ante las elecciones, el Partido Comunista desde luego se manifestaba dispuesto a aceptar el veredicto del pueblo» (...).

El oyente o el lector precavido habría observado otros tres detalles más apuntados en ese discurso, aunque implícitamente.

En primer lugar, el programa anunciado significaba que se iba a reforzar el Partido y su ideología. (...)

En segundo lugar era evidente que se iba a hablar menos de patriotismo y de Rusia (...)

Tercero, que no se iba a hablar nada de los grandes mariscales y generales que habían ganado la guerra. De las armas, los productos de una fructífera industrialización, sí. Del mariscal Zhukov, no.

Fuente: Thomas, H.: *Paz Armada. Los comienzos de la guerra fría (1945-1946)*, Barcelona, Grijalbo, 1988, pp. 31-40.

Documento núm. 33: *Discurso de Churchill en Fulton (5 de marzo de 1946)*

Se presenta ahora una oportunidad clara y brillante para nuestros países respectivos. Negarse a admitirla, o dejarla marchitarse, nos haría incurrir durante mucho tiempo en los reproches de la posteridad (...) la edad de piedra puede presentarse bajo las alas deslumbrantes de la ciencia (...) Tened cuidado, os digo, es posible que apenas quede tiempo (...)

Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y Oriental (...), todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética, y todos están sometidos, de una manera u otra, no sólo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú (...) Por cuanto he visto de nuestros amigos los rusos durante la guerra, estoy convencido de que nada admitirán más que la fuerza y nada respetan menos que la debilidad (...) Es preciso que los pueblos de lengua inglesa se unan con urgencia para impedir a los rusos toda tentativa de codicia o aventura.

Fuente: Pereira, J. C.: *Historia y presente de la Guerra Fría*, Madrid, Istmo, 1989, p. 135.

Documento núm. 34: *Stalin responde a Churchill (13 de marzo de 1946)*

(...) Mr. Churchill está tomando ahora el camino de los belicistas, y en este Mr. Churchill no está solo. El tiene amigos no sólo en Gran Bretaña, sino también en Estados Unidos.

Una puntualización debe ser hecha con respecto a Mr. Churchill y sus amigos, pues tiene un impresionante parecido a Hitler y sus amigos (...). Mr. Churchill parece haber desencadenado una guerra con su teoría sobre la raza, afirmando que sólo las naciones de habla inglesa son naciones superiores, y que ellas están llamadas a decidir los destinos del mundo entero (...).

Las siguientes circunstancias no pueden ser olvidadas. Los alemanes hicieron la invasión de la URSS a través de Finlandia, Polonia, Rumanía, Bulgaria y Hungría. Los alemanes pudieron hacer la invasión a través de estos países, porque al mismo tiempo tenían gobiernos hostiles a la Unión Soviética. Como resultado de la invasión alemana, en la lucha y a través de la importación de ciudadanos soviéticos como servidumbre alemana, la Unión Soviética perdió un total de siete millones de personas.

En otras palabras, la Unión Soviética perdió vidas que juntas representan más que las de Gran Bretaña y Estados Unidos. Posiblemente en algunos lugares existe una inclinación en el sentido de olvidar estos colosales sacrificios del pueblo soviético, con el fin de asegurar la liberación de Europa del yugo hitleriano. Pero la Unión Soviética no puede olvidarlo. Y así es sorprendente que se critique el hecho de que la Unión Soviética, ansiosa por un futuro seguro, esté intentando que existan en estos países gobiernos leales a las actitudes de la Unión Soviética. ¿Cómo puede cualquiera, que no ha tenido en cuenta estos sentimientos, describir estas aspiraciones pacíficas de la Unión Soviética como tendencias expansionistas en esta parte de nuestro Estado?

No sé de calumnia, desconfianza y falta de tacto, si él y sus amigos van a lograr organizar una nueva campaña armada contra la Europa oriental tras la Segunda Guerra Mundial, pero si lo logran —cosa poco agradable, porque millones de personas velan por la paz— podemos afirmar con entera confianza que serán aplastados como lo fueron hace veintisiete años.

Fuente: Laver, J.: *The USSR 1945-1990*, Londres, Hodder Stoughton, 1991, p. 10.

Documento núm. 35: *Discurso de Churchill en Zurich (19 de septiembre de 1946)*

Deseo hablarles hoy sobre la tragedia de Europa. Este noble continente, que abarca las regiones más privilegiadas y cultivadas de la tierra, que disfruta de un clima templado y uniforme, es la cuna de todas las razas originarias del mundo. Es la cuna de la fe y la ética cristianas. Es el origen de casi todas las culturas, artes, filosofía y ciencias, tanto de los tiempos modernos como de los antiguos. Si Europa se uniera, compartiría su herencia común, la felicidad, prosperidad y la gloria que disfrutaban sus tres u cuatrocientos millones de habitantes no tendría límites. Y sin embargo, es desde Europa de donde han surgido y se han desarrollado esta serie de horribles guerras nacionales, originadas por las naciones teutonas, que hemos conocido durante este siglo XX, e incluso durante nuestra existencia, que ha arruinado la paz y destruido las perspectivas de toda la humanidad.

¿Y cuál es la situación a la que ha sido reducida Europa? Es cierto que algunos pequeños Estados se han recuperado rápidamente, pero en grandes áreas, una masa tremula de atornillados, hambrientos, desposeídos y aturdidos seres humanos se encuentran ante las ruinas de sus ciudades y de sus casas y escudrían los oscuros horizontes, temiendo un nuevo peligro, tiranía y terror. Entre los vencedores hay una gran confusión de voces agitadas; entre los vencidos, el sombrío silencio de la desesperación. Eso es lo que han conseguido los europeos, agrupados en tantos antiguos Estados y naciones, eso es todo lo que ha obtenido el poder germano, destrozándose unos a otros en pedazos, y propagando estragos por todas partes. A no ser porque la gran República del otro lado del océano Atlántico se ha dado cuenta finalmente de que el caos o la esclavitud de Europa, acabarían comprometiendo su propio destino, y nos ha tendido las manos para socorro y guía, los malos tiempos hubieran vuelto con toda su crueldad. Y todavía puede volver.

A pesar de todo, aún hay un remedio que si se adoptara de una manera general y espontánea, podría cambiar todo el panorama como por ensalmo, y en pocos años podría convertir a Europa, o a la mayor parte de ella, en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea, o al menos todo lo que se pueda de ella, y dotarla de una estructura bajo la cual pueda